

FIN DE LA
GUERRA NACIONAL

Situación de Walker en Rivas. —Noticia de la toma de los vapores. —Comisión de Leckridge —Expedición que organiza. —Mal éxito que alcanza. —Ataque de Henningsen a San Jorge. —Llegada de Mora. —Reunión que se proyecta. —Sorpresa que da Walker. —Ataque del 7 de febrero. —Deserciones de filibusteros. —Llegada del Capitán Davis. —Solicitudes que dirige. —Acción de Jocote. —Nombramiento de Mora para General en Jefe. —Toma posesión y ordena el sitio de Rivas. —Ataques a la plaza. —Capitulación de Walker. —Opinión sobre ella. —Regreso de Mora. —Conducta de Zavala en León. —Sale precipitadamente del país. —Jerez y Martínez proclaman la dictadura. —Manifiesto de los dictadores.

La situación de Walker en Rivas, durante las divisiones de los jefes aliados, llegó a ser brillante. Dueño de un departamento abundante en recursos de toda clase, de los vapores del lago y río que también lo abastecían, de la línea de Tránsito que le proporcionaba hombres y elementos de los Estados Unidos, reforzó considerablemente su ejército y lo llenó de confianza con el halago de la prosperidad, las noticias de las rivalidades de los enemigos y la cobardía de éstos al frente de Henningsen en Granada.

El jefe filibustero fortificó muy bien la plaza de Rivas, arregló y sistematizó su artillería y estableció un taller de fundición, en que se fabricaban diariamente grandes cantidades de balas de metal para cañón.

El concierto de tanta felicidad fue turbado de pronto con la noticia terrible de la pérdida de los vapores, golpe mortal, que llevaba nuevamente el desaliento al campo filibustero.

Nicaragua estaba salvada. El mismo Walker lo confesó después. *«Los Estados del Sur convencidos de la imposibilidad de introducir la esclavitud en Kansas, se prepararon para*

*concentrar sus esfuerzos sobre Centroamérica, enviando a San Juan del Norte hombres escogidos y provistos de excelentes armamentos y equipos. Si los mismos esfuerzos se hubieran hecho tres meses antes (de la toma de los vapores), el establecimiento de los americanos en Nicaragua se habría asegurado sin peligro».*¹

Walker valoró en toda su extensión la gravedad del acontecimiento; y si no se anonadó, fue porque tenía la seguridad de que Leckridge, uno de sus jefes de confianza, debería llegar en aquellos días a San Juan del Norte con refuerzos de los Estados Unidos, y alimentaba la esperanza, de que podría sorprender a los costarricenses por retaguardia y recuperar los vapores, según instrucciones que le mandó con uno de sus ayudantes, enviado por la vía de Panamá. El 9 de enero de 1857 llegó, en efecto, Leckridge a San Juan del Norte, a bordo del vapor *Texas*, conduciendo doscientos filibusteros bien armados con los cuales ocupó el puerto. Por el vapor *Jones Adger* le llevaron poco después cuarenta hombres más, armas y elementos en abundancia. Había en el puerto un vapor viejo y Leckridge se ocupó en repararlo para expedicionar sobre el río y sorprender a los costarricenses.

El 4 de febrero volvió a llegar el vapor *Texas*, conduciendo ciento ochenta hombres más, que enviaban de Nueva Orleans y con éstos y los anteriores formó Leckridge una columna de cuatrocientos veinte filibusteros, con los cuales se embarcó en el vapor que había hecho reparar y sorprendió la punta de Cody, frente a Sarapiquí, donde había una guarnición costarricense, a la que también desalojó a cañonazos en la madrugada del 13.

Envalentonados con el buen éxito, arremetieron con vi-

¹ *La Guerra de Nicaragua*, por el General William Walker, 1860

gor la fortaleza del Castillo Viejo; pero fueron rechazados y tuvieron que replegarse a su fortificación de la punta de Cody.

Pronto las penalidades del río en la estación lluviosa, en que abundan los insectos, los reptiles venenosos y las fiebres, llenaron de desaliento a los filibusteros, y la deserción se hizo abundante, apoyada por la escuadra inglesa, que agasajaba a los prófugos.

Leckridge, desesperado de tanta contrariedad resolvió volverse a San Juan del Norte y de ahí tomar la costa e internarse por el territorio despoblado de Costa Rica hasta salir a Rivas y juntarse con Walker. Se reembarcó, pues, con los únicos cien hombres que le quedaban; pero en el camino estalló la caldera del vapor *J. N. Scott* y mató y estropeó a la mayor parte de los expedicionarios, que escarmentados con aquel desastre, renunciaron a toda nueva tentativa.

Tan luego supo Mora en San Carlos que Leckridge había fracasado, envió al Coronel Cauty a San Juan del Norte a perseguir los restos de la expedición. El jefe costarricense, a la cabeza de su tropa, se presentó en el puerto el 11 de abril de 1857 y fue recibido por los marinos ingleses con mucha consideración, debido en mucha parte a que Cauty era natural de Inglaterra. En seguida capturó el vapor *Clayton* que estaba amarrado al muelle y lo declaró buena presa.

En el mismo día que llegó Cauty a San Juan del Norte, recibió una invitación del Comodoro inglés para una conferencia, en la cual le explicó las causas que lo habían obligado a intervenir en los asuntos del río y lo necesario que creía promover a todo trance la salida de los invasores que había traído Leckridge. Puestos de acuerdo en este punto, arreglaron un contrato para la devolución de aquellos hombres a los puertos de los Estados Unidos por cuenta del Gobierno de Costa Rica.

En consecuencia, dos días después fueron trasbordados a los buques de guerra *Cossack* y *Tartar* de Su Majestad Británica, todos los filibusteros que se hallaban en Punta de Castilla, en número de trescientos cincuenta, para ser conducidos a los puertos convenidos.

Los aliados, mientras tanto, se fortificaron en San Jorge, puerto del lago, que les proporcionaba la ventaja de servirse de los vapores para estar en relaciones con el interior del país, y poder ocurrir inmediatamente a cualquier punto que amenazara Walker.

El 29 de enero de 1857, se presentó Henningsen con seiscientos hombres, atacando el campamento de los aliados. Su ataque duró doce horas continuas de incesante fuego; pero fue rechazado con una pérdida de más de cien bajas.

El 1º del mes siguiente llegó a San Jorge el General don José Joaquín Mora, a bordo del vapor *San Carlos* y conduciendo un refuerzo de trescientos costarricenses.

Mora estaba infatuado con los triunfos del río, y su avilantez, que se hacía insoportable, picó mucho a los demás jefes. Zavala, con su aturdimiento característico, fue el primero en mofarse de él y en hacer calificaciones desfavorables acerca de sus aptitudes militares.

Los jefes nicaragüenses, temerosos de que las nuevas divisiones volvieran a entorpecerlo todo, se interesaron en organizar una reunión a bordo del vapor, con el objeto de ponerse de acuerdo con Mora; pero cuando se disponían a verificarlo se anunció un movimiento de Walker sobre la plaza y todos ocurrieron a cubrir sus puestos, mientras Mora regresaba a sus posiciones militares del río.

En la noche del 3 de febrero, Walker sorprendió una barricada y se introdujo a la plaza al favor de la oscuridad. La

entereza de Jerez y de otros jefes, que hicieron prodigios de valor, reparó los terribles efectos de la sorpresa, y Walker fue rechazado.

El 7 de febrero los filibusteros amanecieron tomando posiciones con su artillería frente a San Jorge; rompiendo poco después un cañoneo que duró hasta las tres de la tarde.

Tan continuados ataques obedecían a la necesidad que Walker tenía de mantener en movimiento su ejército para evitar las desertiones. Éstas eran muchas y muy continuadas, merced a las proclamas del Presidente Mora, en que ofrecía garantías y recompensas a todos los que abandonaran las filas de los filibusteros.

Para obtener mayor número de desertiones en el campamento de Walker, se adoptó por sistema hacer que partidas volantes se acercaran a las posiciones de los filibusteros, llevando en ellas a los desertores, que hablaban desde lejos a sus antiguos compañeros, dándoles noticias de la bondad con que se les trataba en el campamento aliado.

Partidas enteras de caballería e infantería de los filibusteros se escapaban a Liberia, donde el Gobierno de Costa Rica las hacía recibir muy bien y pagaba su pasaje hasta Nueva York. Cerca de mil doscientos hombres regresaron de esta manera a su patria.²

El 6 de febrero ancló en San Juan del Sur la fragata de guerra americana *Saint Mary*, al mando del Capitán Carlos Enrique Davis. Éste se presentó en el campamento aliado, el 19 del mismo mes, pidiendo que se le entregara uno de los vapores del lago para la continuación del tránsito interoceánico. Los aliados contestaron que se accedería a la solicitud,

² Memoria de Hacienda, Guerra y Marina del Gobierno de Costa Rica de 23 de septiembre de 1857.

tan pronto como estuviera el país libre de filibusteros. Sin desmayarse por esta negativa, el Capitán Davis volvió a dirigirse a los aliados, pidiéndoles permiso para colocar en «*La Virgen*» una escolta americana, que diera garantía a los edificios de la Compañía de Tránsito. Los aliados respondieron que «*no estaban autorizados por sus respectivos Gobiernos para atender esa clase de asuntos*».

El Capitán Davis continuó en San Juan del Sur, observando el desarrollo de la campaña; y tanto Walker como los aliados no lo creían amigo.

Walker, a pesar de encontrarse cortado por el lado del Atlántico, no dejaba de recibir auxilios de vez en cuando, por la vía de San Juan del Sur.

El 4 de marzo se anunció la llegada de uno de esos refuerzos, y los aliados destacaron al General don Fernando Chamorro con seiscientos hombres para que impidiera su entrada a Rivas. Walker, a su vez, mandó a protegerlo con doscientos hombres.

Chamorro salió de San Jorge el día 5 muy de madrugada y se situó en la hacienda de Jocote, que es la medianía entre Rivas y San Juan del Sur.

Poco después los ochenta hombres, que componían el refuerzo americano, se batían con las avanzadas nicaragüenses y eran derrotados y perseguidos.

Terminada su misión, Chamorro regresó de Jocote; pero a poca distancia, en el llano del «*Coyol*», le aguardaban emboscados en una quebrada, los doscientos filibusteros de Walker, que no pudieron llegar a tiempo de favorecer a sus amigos. Los nicaragüenses no se turbaron con la sorpresa. Pasada la primera impresión, se organizaron con calma y sostuvieron la acción hasta muy avanzada la tarde, en que la victoria se

declaró por ellos, haciendo 35 muertos al enemigo.

Los Gobiernos de Centroamérica, informados de la rivalidad de los Generales del ejército, convinieron en someterlos todos a un solo Jefe, designando con tal objeto al General don José Joaquín Mora, hermano del Presidente de Costa Rica, que era el que más había hecho contra Walker.

Mora llegó al campamento de San Jorge con una división de quinientos sesenta costarricenses y al día siguiente, 19 de marzo de 1857, se hizo cargo del mando en jefe de los Ejércitos Aliados.

El 26 mandó poner estrecho y riguroso sitio a la plaza de Rivas.

Mora era un militar novel y creía que sus armas tendrían en todas partes la misma buena suerte que en el río San Juan. Ansioso de concluir la campaña y de alcanzar nuevos laureles, dispuso el asalto de la plaza, desoyendo las indicaciones de los demás jefes, que consideraban innecesario exasperar a un enemigo a quien mataban el desaliento, el ocio y las deserciones continuas.

Aferrado en su capricho atacó simultáneamente a Rivas en los días 23, 24 y 26 de marzo, y últimamente el 11 de abril; pero en todos esos días fue rechazado con grandes pérdidas.

Walker reducido al último extremo, se habría rendido incondicionalmente, si el 24 de abril no se presenta el Capitán Davis como mediador, obteniendo para los americanos una honrosa capitulación.

En virtud de ella Walker y sus oficiales salieron de la plaza el 1º de mayo de 1857 con todos los honores de la guerra, y los demás filibusteros rindieron sus armas al Capitán Davis. Éste entregó el armamento a los jefes aliados, mediante el ofrecimiento de que garantizarían la permanencia en el país a

todos los centroamericanos que acompañaron a Walker.

El convenio fue firmado solamente por Davis y Walker; y cada vez que en él se designa a los jefes aliados se les da el nombre de «*el enemigo*».

«Esa capitulación —dice un contemporáneo de aquellos sucesos— es un documento de oprobio y humillación para Centroamérica. No capitula el malvado con el General en Jefe, lo hace con el Capitán de la fragata de guerra americana sin dar garantías, y es a él también a quien le entrega la plaza de Rivas, para que la devuelva a nombre de los Estados Unidos y por autoridad propia; palabras que completan la humillación, porque no sé que autoridad pudiera tener en el caso presente, el Comandante de la fragata. Jamás un bandido pudo despreciar más en su agonía a los Gobiernos que le hacían la guerra y a los valientes que lo tenían reducido a la última extremidad. Al entregar la plaza, tenían más orgullo los vencidos que los vencedores».

*«Se encontraron rotos todos los cañones, el parque y la pólvora de grano en los pozos; el armamento hecho trizas; y solamente ochocientos fusiles en buen estado que se repartieron entre los aliados».*³

Así terminó la sangrienta campaña contra los filibusteros, a quienes todavía hubo que dar como treinta mil pesos más, para gastos de transporte de quinientos hombres, que se rindieron en Rivas.

Llama bastante la atención que al General Mora no se le haya ocurrido exigir a Walker la solemne promesa de no intentar nuevas expediciones, ni la garantía del Capitán Davis sobre este punto. Se dijo en aquellos días que la noticia de

³ Carta inédita de Gerardo Barrios al ex Presidente San Martín, fechada en León a 14 de mayo de 1857 y en poder del autor.

venir en camino el General don Gerardo Barrios con mil ochocientos salvadoreños y ser este jefe muy reputado, excitó los celos del jefe costarricense, que quiso evitar el que se dijera más tarde, que se debía el triunfo a la llegada de Barrios. Esta aseveración, muy sostenida por personas respetables de aquel tiempo, aparece también confirmada por documentos.⁴

Mora regresó a Costa Rica dos días después de la capitulación. El apoyo decisivo que prestó su Gobierno en aquella vez, salvó a Centroamérica de las garras del filibusterismo; pero el brillo de esa página en nuestra historia, fue oscurecido a continuación por el Presidente don Juan Rafael Mora que, considerando débil y postrada a Nicaragua, se constituyó en juez y parte de la antigua cuestión de límites con Costa Rica y trató de arrebatarnos con violencia mucha parte de nuestro territorio.

⁴ [Jerónimo] Pérez, en su *Biografía del General don Tomás Martínez*, dice a este respecto: «Se anunció la llegada al campamento del General Gerardo Barrios, con un ejército salvadoreño, y el señor Mora creyó que el triunfo, que se veía tan próximo, se iba a atribuir al citado Barrios. En tal virtud se resolvió a aceptar o aprobar la capitulación que fue celebrada entre el Comandante Davis de la corbeta americana Santa María y el filibustero Walker. Mora, al aprobar dicha capitulación, quiso que fuese firmada por los jefes aliados; pero los mismos Martínez, Chamorro y Xatruch le contestaron que no la firmaban porque la creían ignominiosa. No se exigió a Walker ni siquiera la promesa de no volver a Nicaragua y antes bien salió con honores y protestando que muy pronto volvería a recobrar su posición. Aún hubo más: el mismo señor Mora mandó un ayudante a pedir unas bestias para conducir a Walker y a su comitiva a San Juan del Sur, y Martínez le contestó que no tenía más que las propias y las de sus subalternos, los cuales no tenían voluntad de brindarias, para que fuesen en ellas los asesinos e incendiarios de la patria».

El número 23 de la *Gaceta de Nicaragua*, correspondiente al 5 del mes de diciembre de 1857, dice en su parte editorial: —«Nosotros no demostraremos lo cobarde e importuna de esa humillación, porque ya es un hecho consumado, y porque todo Centroamérica está al cabo de cómo se menguó su dignidad en aquel acto digno del olvido. ¿Quién no sabe que el Teniente General Mora se apresuró a concluir malamente la guerra, porque el General Barrios con un ejército flamante estaba al incorporarse al ejército aliado? ¿Quién no sabe lo que exclamó poco después de hecha la capitulación?»

Zavala, al llegar a León, infatuado con las glorias de la campaña, llevó su insolencia hasta insultar al Presidente Rivas y a uno de sus ministros, amenazándolos con la horca, si dentro de señalado término no cumplían ciertas órdenes. Jerez llamó inmediatamente a las armas al pueblo leonés y con centenares de hombres armados, que organizó de momento, iba a lanzarse a vengar la injuria, cuando intervino, como mediador amigable, el General don Gerardo Barrios, quien había llegado con mil ochocientos salvadoreños e hizo salir precipitadamente a Zavala para Chinandega.

A consecuencia del anterior suceso, Guatemala dirigió enérgicas reclamaciones al Gobierno de Nicaragua que éste a su vez reprodujo; y aunque el Gobierno de Guatemala reconoció oficialmente que el General Zavala no había guardado la calma y moderación debidas, cerró sus relaciones con el Gobierno del señor Rivas.

Zavala con su columna expedicionaria entró de regreso a Guatemala el 1º de junio del mismo año y fue recibido de la manera más solemne y entusiasta.

El 6 del mismo mes, el Gobierno de Guatemala mandó condecorar a los jefes y oficiales que se distinguieron en la campaña contra Walker con una cruz de honor, que debía llevar la inscripción siguiente: *Defensa de Nicaragua—Guatemala, al mérito distinguido—1856-1857.*

Gerardo Barrios, con el ejército de su mando, regresó a San Salvador el 8 de junio, y aunque fue recibido en triunfo, su enemistad con el Presidente Campo tomó mayor aumento en esos días y fue acusado de querer sublevarse. Fortificóse con este motivo a Cojutepeque, residencia del Poder Ejecuti-

“Gran chasco —dijo—, les he dado a los salvadoreños: les he privado de adquirir gloria en la campaña nacional”». (N. del A.)

vo, y cuando parecía que iban a romperse las hostilidades, intervino el ex Presidente don José María San Martín, amigo de ambos bandos y logró un arreglo, en virtud del cual fue desarmado el ejército expedicionario, que entró por esta causa a Cojutepeque como vencido.

Xatruch, con las fuerzas hondureñas, regresó a Comayagua el 12 de junio y fue recibido con las mayores demostraciones de regocijo.

Mora con el ejército costarricense hizo su entrada a San José el día 13. Las ovaciones que él y sus valientes compañeros recibieron en ese día, fueron extraordinarias. El Presidente Mora decretó condecoraciones de oro y plata para todos los que se distinguieron en la campaña, los festejó y los recompensó de cuantas maneras pudo.

El Congreso costarricense, además, dio el grado de Capitán General del ejército al Presidente Mora y el de Teniente General a don José Joaquín del mismo apellido, votando un premio de veinte mil pesos para los hijos de este último, y otro de quince mil para los del General Cañas.

En Nicaragua no era tan satisfactoria la situación. Expulsado Walker y terminada toda guerra exterior, los partidos del 54 quedaron frente a frente, bien armados, provistos de municiones y recursos y listos a despedazarse.

Según el convenio de fusión de 12 de septiembre de 1856 *«ocho días después de arrojados los filibusteros debía convocarse a elecciones con arreglo a la Constitución de 1838»*; pero equiparadas las fuerzas de los contendientes, la elección tendría que empatarse, produciendo más irritación en los ánimos y sirviendo en aquellas circunstancias, como de chispa arrojada a un polvorín.

El General Mora, antes de regresarse, alentó en secreto a

ambos partidos y aún se dijo que entró en inteligencias con ellos.

El General don Gerardo Barrios, que se interesaba porque se arreglaran las cuestiones interiores de Nicaragua, interponiendo su mediación amistosa, recibió orden del General Mora de regresarse inmediatamente, bajo pretexto de economizar gastos a El Salvador. Barrios le contestó que estando terminada la guerra había cesado el mando en jefe de los Ejércitos Aliados y que a él, sólo le tocaba recibir órdenes de su respectivo Gobierno, que había garantizado el cumplimiento del convenio celebrado entre legitimistas y democráticos.⁵

Consecuente con su propósito, Barrios dirigió una circular a los principales hombres del país, para que reunidos en León bajo la presidencia del mismo Barrios, convinieran en la persona que debían elegir para gobernante.

Martínez, que continuaba en Granada, no quiso concurrir y, de acuerdo con su partido, envió una comisión compuesta de los señores General don Fernando Chamorro, licenciado don Jerónimo Pérez y don Ignacio Padilla.

La reunión se llevó a efecto el día 17 de mayo, con asistencia de lo más selecto del partido democrático, y acordó por unanimidad de votos trabajar en favor de la candidatura presidencial de don Juan Bautista Sacasa del vecindario de León. Chamorro al suscribir el acta que se levantó, hizo presente que no comprometía más que su persona y de ninguna manera a su partido.

En ese mismo día se verificó el ultraje del General Zavala al Presidente Rivas, y los democráticos, creyéndolo identificado con los legitimistas, hicieron saber a Chamorro que toda

⁵ Carta de Gerardo Barrios al ex Presidente San Martín, fechada en León a 7 de mayo de 1857 y que obra en poder del autor.

negociación quedaba interrumpida por entonces. La comisión granadina aprovechó la oportunidad para retirarse.

Cuando los legitimistas supieron el resultado de la reunión, resolvieron ocupar de hecho a Managua y continuar la guerra.

Managua, según el convenio de fusión, debía permanecer ocupada por los democráticos hasta que estuviera electo el nuevo gobernante. Por consiguiente, su ocupación por el jefe legitimista, don Tomás Martínez, con una fuerza armada, era un verdadero *casus belli*. Así lo comprendió este jefe; y para salvar las apariencias, procuró disimular aquel paso, haciéndolo aparecer como hijo del noble propósito de acercarse a León, para mejor entenderse en la cuestión de arreglos.

A pesar de las desgracias del país y de la triste situación a que se hallaba reducido los partidos permanecían ciegos y obcecados, prefiriendo cada uno de ellos la continuación de la guerra, antes de quedar bajo la dependencia del otro. La guerra, pues, era la aspiración general del país, con raras excepciones en ambos bandos. Entre éstas contábase Jerez y Martínez, jefes principales, que abogaban por la paz.

Se llegó a convenir en una nueva reunión en Managua, compuesta de delegados de los dos partidos. Barrios había regresado a El Salvador, y en su defecto concurrió Jerez con doce ciudadanos leoneses de los más prominentes. Otros tantos fueron de Granada, acaudillados por Martínez; y aunque se trabajó mucho por llegar a un avenimiento, éste parecía alejarse más cada día.

Un testigo presencial de aquella junta refiere, que cuando por vía de transacción se proponía que el Presidente fuese tomado de un partido y el personal del Ministerio del otro,

ambos bandos reclamaban para sí dar el Presidente: que cuando se llegaba a convenir en este último, se armaba nueva disputa acerca del mando en jefe militar y de otras pequeñeces y miserias, sin que fuera posible llegar a ningún resultado práctico.⁶

El General Cañas, que había tomado afecto a Nicaragua; en vez de regresarse a Costa Rica a recibir las ovaciones triunfales, que se concedió al resto de sus compañeros de armas, se quedó por algún tiempo, trabajando con empeño por la reconciliación de los partidos.

La situación fue haciéndose cada vez más difícil. Los legitimistas que parecían los más deseosos de la guerra, interrumpieron las negociaciones, presentando un *ultimátum*, que debía ser aceptado por los democráticos en la noche siguiente. Éstos se negaron, y desde ese momento comenzaron a despedirse unos de otros y a tomar sus prevenciones para la nueva campaña.

El conflicto no podía ser más serio, y el 12 de junio de 1857 en que todos se preparaban para recomenzar la lucha fratricida, Jerez y Martínez, desesperados de aquella situación y alentados por el patriótico General don Fernando Chamorro, resolvieron asumir la dictadura de Nicaragua y como jefes de los dos bandos antagonistas, imponerse al país y salvarlo de la anarquía. Se firmó entonces un convenio en tal sentido; pero pocas horas después se presentó Jerez, muy excitado, y manifestó a Martínez que, aunque tenía confianza en sus amigos, dada la irritabilidad de los ánimos en aquellas circunstancias, temía que le desaprobaran su conducta y aún lo redujeran a prisión para evitar que regresara a cumplir lo estipulado: que partía en esos momentos hacia León, y para

⁶ Jerónimo Pérez—*Biografía del General Martínez*.

evitar lo que temía y probar su buena fe, quería que en ese caso Martínez sólo asumiera la dictadura y salvara el país. Aceptado por este jefe el nuevo pensamiento, fue adicionado el convenio con otro artículo, que suscribieron ambos.

Los temores de Jerez resultaron infundados. El Gobierno de León aprobó el convenio, y el 24 del mismo mes, se inauguró en Managua el de Jerez y Martínez, con gran disgusto de la mayor parte de los legitimistas.

*«Al ver la instalación en una pobre casa particular —dice el señor Pérez—, sin aparato alguno, sin más muebles que una mesa sin carpeta; al ver a los jefes con su vestido común, marchando al templo entre una valla de soldados, a gran distancia el uno del otro; al oír el Te Deum más triste que quizás se ha cantado en nuestras funciones cívicas; al ver que los pocos concurrentes se reían de aquel espectáculo que les parecía ridículo; todos presagiaban que la Junta no podría dar un paso, teniendo dos cabezas tan opuestas, y que su vida iba a ser efímera, concluyendo con un pleito entre los dos mandatarios».*⁷

El manifiesto inaugural de los dictadores, obra de Jerez, concluía con estas palabras: *«Nada tenemos que decir sobre reconciliación de partidos. La Junta de Gobierno lleva consigo el estandarte de la unión; y los nicaragüenses en derredor de él, lograrán volver cuanto antes al orden constitucional, que es el sendero de sólida prosperidad. —Tributemos gracias infinitas al Todopoderoso, padre universal del género humano, porque Nicaragua todavía existe, y porque sus hijos, aprovechando las lecciones de una dolorosa experiencia, serán más celosos por su conservación y engrandecimiento».*

⁷ Biografía del General Martínez, atrás citada.